



Se encontraba sentado, bebiendo la última taza del café antes de enfrentarse a uno de los mayores desafíos de su vida, como si se tratase de un videojuego, se acercaba a uno de los jefes finales más terroríficos que en su vida hallaría, tomó un respiro, se acercó hacia el baño, se echó agua en una gran cantidad de ocasiones, esperando a que fuese un sueño, que pronto despertase y todas las situaciones que lo rodeaban no existiesen, pero, por más que empapó su rostro, no despertaba, no se trataba de una pesadilla de esas que deseas que terminen pronto, era su vida y ahora debía de afrontar la realidad.

Se metió a darse una ducha, esperando que el agua arrastrase todas las penas que cargaba, que este líquido majestuoso desprendiera de su cuerpo todos los sentimientos que lo agobiaban, esperando que algo impensable ocurriese y todo cambiara, sin embargo, nada ocurría, el tiempo no se detenía, el tiempo no regresaba, solamente seguía avanzando.

Cuando salió del baño, se sentía cada vez más perdido, como aquella persona que camina en la oscuridad y que aquel faro que iluminaba su andar cada vez fuese perdiendo más y más luz, se vestía tan lentamente como si eso detuviese lo que ya parecía inevitable, tal vez fuesen sus ganas y deseos por evitar lo que estaba por ver, o que estaba perdiendo a cada instante esa chispa de luchar y seguir adelante. Calzarse los zapatos se estaba convirtiendo en algo prácticamente imposible, pero, sabía que ya lo estaban esperando, su mujer se dirigió hacia donde estaba, lo abrazó tan fuerte para intentar desprender de él todos los sentimientos malos y únicamente dejar lo más bello y hermoso. Aunque lo intentasen una y otra vez, nunca estaría listo para llegar a ese momento, sin embargo, tomó fuerza de donde

ya no la había y se dirigió hacia aquella habitación que simbolizaba uno de los peores destinos que tenía que visitar. Cuando menos lo notó, ya se encontraba frente a la puerta, se tomó unos segundos para respirar profundamente, para cambiar su semblante y con ello intentar levantar a todo aquello que lo necesitase.

En el instante antes de entrar a la habitación, le brotaron un sinfín de momentos maravillosos, sonrisas, carcajadas, abrazos, apapachos, desayunos, comidas, cenas, fiestas de Año Nuevo, cumpleaños, navidades, viajes, tardes y noches de películas, cada momento preciado que guardaba en su mente apareció, y eso fue como la recarga de energía que necesitaba para volver a sacar esa persona que se encontraba pérdida dentro de él.

Cruzó la puerta de la habitación y la miró, estaba ahí, tal como la encontraría en cualquier otra ocasión, sólo que todos los que se encontraban en la habitación eran conscientes de que este momento nunca había ocurrido y afortunadamente, nunca se repetiría.

Se acercó hacia donde estaban sus hermanos y hermanas, aunque todos sabían de que este momento tenía que llegar, nadie deseaba que ocurriese, se abrazaron todos para rellenarse de fuerza mutuamente y cada uno se acercó hacia la cama de aquella persona increíble. Todos los que se encontraban ahí acordaron evitar llorar, pero hay cosas que son absurdamente difíciles, no dejar fluir algo que está en la naturaleza del ser humano, sin embargo, cuando esto ocurría, sólo bastaba un instante para reponerse y avanzar.

Había llegado el momento en el que él tenía que acercarse a dar el último adiós, la última imagen que guardaría en su mente de aquel ser admirable, la abrazó tan fuertemente como si nunca quisiera soltarla, y en ese instante, sin decir nada a nadie, lo sintió.

Los minutos continuaron avanzando, y ya únicamente se encontraban pocas personas en la habitación, entonces, todo se quedó en silencio, ese sitio se encontraba gobernado por la calma, una sensación de paz y de tranquilidad que no se podía describir, no había desesperación, no había ira, no había resentimiento, no había tristeza, o no una tristeza pura, brotaba un sentimiento inherente al ser humano, en ese espacio sólo se percibía amor.

Cuando menos lo notaron, todo había pasado y en la mente de todos sólo quedaban momentos bellos. Continuaron transcurriendo los minutos, las horas y los días, las semanas y después los meses. La vida continuó su curso, el sol volvía a salir cada día, así como el brillo de los días volvía a intensificarse cada vez más. Y en su mente, de vez en cuando, aparecía ese recuerdo, esa sensación, en donde abrazaba al ser que le brindó el mundo y que le obsequió la vida, esa memoria en donde no sabía si era su subconsciente jugándole una broma o el universo concediéndole una última experiencia preciosa, pero, él sintió uno de los mejores abrazos que recibiría su alma y escuchó una de las secuencias de palabras más sublimes que percibiría en su vida: “gracias por estar aquí, gracias por darme millones de motivos para sonreír, te amo”.